TERCERA PARTE.

Un trono sobre un monte de oro.

CAPITULO PRIMERO.

EL PRIMER SÍNTOMA.

I.

Desde la horrible hecatombe de Uruapan, la revolucion se habia levantado poderosa. Herida en su corazon por la muerte de sus valientes hijos, aceptó por completo un duelo á muerte, sin misericordia.... era necesario jugar el todo por el todo!

La crísis europea soplaba el fuego revolucionario, y ya nadie desconfiaba de un éxito, cuyos primeros vislumbres llegaban de donde cuatro años antes surgia la tormenta intervencionista.

El ensayo monárquico habia abortado, solo los intereses altamente comprometidos sostenian una situacion que se derrumbaba al soplo omnipotente de una nacion en sus esfuerzos heróicos por salvar su independencia.

La crísis era terrible, las tinieblas se habian disipado, y todas las esperanzas se desvanecieron como los celajes de la tarde al viento de la noche.

El coloso americano habia tirado su guante sobre la arena del mundo y desafiado á la Europa entera.

VI.

El 20 de Noviembre á las nueve y veintiun minutos de la mañana, el "Tabasco" que encendia sus calderas desde la madrugada, levantó anclas llevando á bordo á S. M. la emperatriz, haciendo rumbo á la Península de Yucatan.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

La Francia habia recogido ese guante, para.... es necesario decirlo de una vez, para ponerlo humilde y rendida sobre el bufete del Capitolio.

En las aguas del Bravo, en ese torrente tumultuoso que marca los límites de la república, se dió el primer espectáculo, en que la suerte del imperio quedó resuelta en el porvenir definitivamente.

Una cañonera francesa fué atacada por los americanos desde las orillas de Brownsville.

El pabellon frances flotando sobre aquella miserable barca, tenia tras sí treinta y tres millones de hombres dispuestos á hacerse matar por la honra de su bandera.

Así lo ha visto el mundo entero, así lo esperaba la generacion contemporánea.

¡Fragilidad humana!

La señora del viejo Continente, la que decide sobre su carpeta de los destinos de Europa, pasó por alto el ultraje al pabellon de Montebello, Inkerman y Sebastopol!

Algo de terrible encontraba el orgulloso Bonaparte, para que en sus lábios se detuviese el grito de guerra, ese grito asolador que hace estremecer á un hemisferio.

La doctrina Monroe se enseñoreaba en el mundo de Colon.

La Francia, el imperio, la complicidad europea, todo desaparecia, todo, cayendo el telon sobre aquel espectáculo sangriento!

El Canadá, y ese grupo de islas que se llaman las Antillas, vén desde entonces escrito sobre el libro de su porvenir, la palabra *independencia!*

II.

Los agentes del decaido imperio que tenian acceso en los altos círculos de la política, habian avisado al archiduque que el gobierno de la Union mantenia una correspondencia activa con el gabinete de las Tullerías, referente á los asuntos de México.

Maximiliano estaba inquieto terriblemente y solicitaba el ausilio de su hermano José II, que lo veia naufragar en la mas espantosa de las catástrofes.

El emperador de Austria no podia hacer nada por su desgraciado hermano; porque la guerra con Prusia en la cuestion del Lombardo Veneto,

estaba al estallar, y ya el *Cuadrilátero* estaba en jaque por los inventores del *fusil de aguja.*

El mariscal Bazaine habia enfriado sus relaciones con Maximiliano, comenzando á poner en juego una política oscura, que tendia á desprestigiar al imperio y á echarle encima la revolucion que se hacia formidable por momentos.

El mariscal, sin contar con el emperador, hacia canges de prisioneros y conservaba relaciones con los republicanos.

Algunos acusan á Bazaine de haber querido sustituir á Maximiliano pretendiendo que la Francia siguiera por sucesata el negocio de la *conquista.* Esto no es creible, porque Bazaine estaba al tanto de lo que pasaba, y ese plan que se le atribuye era de todo punto irrealizable.

III.

El que quiera tomar el pulso á una situacion, diríjase á la Bolsa de Paris y determinará el diagnóstico.

Los bonos de los empréstitos de Miramar y Paris, estaban en baja tan absoluta, que á ningun especulador se le ocurria proponerlos ni en el negocio mas descabellado.

La prensa, que no se manifiesta sino en los momentos dados de la crísis, sostenia á voz en cuello que el imperio mexicano no se habia sentido desde su nacimiento mas fuerte ni mas prestigiado.

Los bonos desaparecieron de la Bolsa pasando al archivo del olvido, y registrándose en ese inmenso catálogo de la *bancarota.*

Cuatro notabilidades hacendarias de la Francia, habian venido á México para arreglar el pago de la convencion y la deuda por gastos de guerra y permanencia de las tropas francesas en México.

El marques de Montholon renunció á su obra y se marchó de ministro á los Estados-Unidos, sin haber tenido tiempo de esplotar todo ese juego de chicana iniciado por Saligny en su consorcio con el agiotage y el peculado.

Mr. Corta, que creia nadar en ondas de oro, se acaloró de tal manera que perdió el juicio y fué á hablar de sistemas hacendarios á Bicetre.

A Mr. Langlais, á consecuencia de sus trabajos, y de leer tanta *reclamacion* absurda, le atacó apoplegía, y esa lumbrera de la *combinacion*

cuyas luces no alumbraron un solo espediente, tornó en un ataúd á la corte de Vincennes.

Mr. Danó, cuya capacidad no alcanzaba ni á comprender las estafas y robos de la casa de Jecker, se dedicó á otro negocio mas productivo.

Sacó de las rejas de un convento doméstico, á una de las señoritas mas recomendables de nuestra sociedad, y un dote que asciende á un *millon de pesos*, sacado de las entrañas del *Real del Monte*.

En cuanto á Castelnau, seguramente hizo muy poco en su mision diplomática, porque en el saqueo de las aduanas cada uno de los comisionados tiraba con toda su fuerza, dando el espectáculo que presentó *Lorencillo* el pirata, en su asalto á la heróica Veracruz hace dos siglos.

Los ministros plenipotenciarios de Napoleon, hacian *negocitos* particulares, que Maximiliano sabia y toleraba por su situacion que era crítica, á pesar de los *diez mil quinientos pesos*, que modestamente aceptaba dia á dia del tesoro mexicano.

El pais habia caido en las redes de la conquista y le saqueaban con mas descaro y menos rubor que en el siglo XVI.

Especuladores y caballeros de industria, llegaban á nuestras playas, mas miserables que esas caravanas de árabes que van á la tumba que se venera en la Meca, ó esos infelices españoles cruzados que á su regreso de la Palestina llenos de lepra y cubiertos de harapos se dirigian á Santiago de Compostela en el tiempo de las Cruzadas.

A los pocos dias de su arribo, ya eran oficiales y pendia de su cuello una cinta con la cruz de la órden de Guadalupe, y ya veian sobre el hombro (como suele decirse) á los mexicanos.

Todos los aventureros referian grandezas, todos eran príncipes y condes y marqueses con rentas fabulosas, y que solo venian á México por consolidar la paz y el bienestar de los antiguos aztecas.

Ese protocolo de absurdos encontraba una sonrisa de desprecio y de burla sangrienta.

Esos parias del universo, esos perdularios cosmopolitas, acompañarian á Maximiliano hasta el último dia del presupuesto.

Desaparecieron con el último prorateo.

Algunos se fugaban con sueldos adelantados al husmear el norte revolucionario.

Despilfarro en los fondos públicos, desórden en la administracion, insuficiencia para la organizacion del ejército, cobardía, favoritismo, vacilacion,

impopularidad, eran los elementos que determinaban patentemente la caida del imperio, sin contar con la revolucion intestina y las dificultades del esterior en el mundo de la diplomacia.

IV

El desgraciado archiduque de Austria se paseaba inquieto por el salon de su despacho, la mañana del 5 de Febrero de 866.

En su semblante descompuesto se notaba que la noche la habia pasado en vigilia, y que algo grave lo tenia en esa excitacion febril que lo devoraba.

El alambre telegráfico anunció el 1.° de Febrero, que á bordo del "Sonora" venia un emisario del emperador Napoleon trayendo notas importantes dirigidas á S. M. Maximiliano I.

El emperador señaló la mañana del 5 para la audiencia, y esperaba con ánsia la llegada del personaje.

Algo sospechaba Maximiliano despues de las noticias comunicadas secretamente por sus agentes en Washington.

A pesar de sus cavilaciones, se resistia á creer que Napoleon lo abandonase en tan críticos momentos, y que su hermano viera con indiferencia estallar la tormenta que rebramaba en el horizonte político.

Dieron las doce en el reloj de palacio.

La puerta de entrada á los aposentos interiores se abrió, apareciendo en su dintel la magestuosa figura de Carlota de Austria.

—Tras estas cortinas, dijo á Maximiliano, escucharé esa conferencia que va á decidir de nuestra suerte en América.

—Estoy terriblemente preocupado, dijo el archiduque, y sacando su reloj, observó que habian pasado dos minutos de la hora. Este es mal agüero, esclamó; la inesactitud me anuncia que las noticias de la corte francesa no son de las mas plausibles; este enviado se me impone de antemano con su tardanza.

Carlota estaba demudada y en sus ojos brillaba una mirada sombría.

La nieta de Luis Felipe sentia rebelarse todo el orgullo de su sangre.

Estaba terriblemente contrariada.

La puerta se abrió.

—S. E. el mariscal Bazaine y el señor baron de Saillard, anunció el chambelan.

El emperador inclinó la cabeza.

El chambelan se retiró.

—Es necesario, dijo la altiva princesa, que escuches con calma cuanto el enviado frances pueda decirte; nada que revele la situacion en que nos encontramos; manifiesta la fe acendrada que poseemos sobre el establecimiento del imperio, fiados en la voluntad del pueblo.

—Sí, murmuró Maximiliano, apenas tengo valor para callar ante esa trama infame, que tiende á sacrificarnos.

—Valor! esclamó Carlota, y se ocultó tras las cortinas del gabinete.

V.

El mariscal Bazaine y el enviado de Napoleon se adelantaron.

Maximiliano tendió la mano á los dos personages y los invitó á tomar asiento.

—Se encuentra bien, dijo á Saillard, la familia imperial de S. M. Napoleon III?

—A mi salida de Francia gozaban de salud SS. MM. y el príncipe imperial.

—Espero, dijo Maximiliano, entrando de lleno en la cuestion, saber el asunto que motiva la presencia en la corte de México del señor baron de Saillard.

El mariscal Bazaine y el baron cambiaron una mirada de inteligencia.

—Señor, dijo el enviado de Napoleon III, la Francia ha ayudado al imperio mexicano hasta donde le ha sido posible, con sus armas, con sus fondos, y sobre todo, con su prestigio. Desde la convencion de Lóndres tomó un empeño decisivo por la salvacion de este hermoso pais. Al quedarse sola despues de los convenios de la Soledad, afrontó por completo la situacion; y su bandera, sola, llegó á enseñorearse del territorio mexicano. Vuestra Magestad sabe que el emperador Napoleon invitó á vuestra magestad para la aceptacion al trono de México, y contando con vuestra voluntad y heróica determinacion, os colocó en el escaño de la monarquía.

La cortina tras la cual estaba la emperatriz, se agitó violentamente.

Maximiliano permaneció impasible.

—Ha llegado el dia en que el ejército de la Francia deje para siempre el territorio imperial, y S. M. Napoleon III retirará las tropas en tres

secciones, la primera en noviembre de 66, la segunda en marzo de 67, y la tercera en noviembre de ese mismo año. S. M. me envía á comunicaros esta determinacion.

Hubo un momento de silencio.

—Señor, dijo el mariscal, notificada ya la resolucion imperial, el ejército comenzará á concentrarse inmediatamente.

—Señores, dijo Maximiliano procurando dar á su acento un timbre de serenidad que estaba muy lejos de tener; con la retirada queda el país abandonado al torrente revolucionario; yo espero que S. M. Napoleon III permitirá que al retirarse sus tropas, se vengan sustituyendo con el contingente austriaco que S. M. I. mi hermano ha dispuesto enviar á México á mi servicio.

—Siempre que lleguen á tiempo esos destacamentos y en los plazos que he tenido el honor de notificar á V. M.

—Con ese auxilio, el ejército mexicano y la voluntad de la mayoría de la nacion, cuento para el sostén de la monarquía.

La conversacion no llegaba aún á donde la querian llevar los agentes franceses, que insensiblemente iban colocando al emperador en una situacion apremiante.

—Pienso como V. M., dijo Bazaine: con la ley marcial quedan las poblaciones libres del amago de las bandas disidentes; ademas, la legion belga y la austriaca pueden sostenerse con los recursos que tiene el tesoro mexicano.

—Así lo espero, contestó Maximiliano.

—La Francia, continuó el baron de Saillard, necesita reembolsarse de las cuantiosas sumas que ha invertido en el negocio de la intervencion.

—El empréstito de Miramar y el de Paris la tienen reembolsada en su mayor parte de esas cantidades.

—Por uno de los tratados, México se comprometió á cubrir el presupuesto del ejército espedicionario durante la ocupacion, y hasta ahora no se ha suministrado cantidad alguna.

—Las urgencias del erario no han permitido cubrir la lista militar, pero México satisfará íntegra su deuda.

—S. M. Napoleon no exige precisamente en dinero lo que justamente se adeuda á la Francia.

—Ya escucho, señor baron, dijo algo turbado el emperador.

Bazaine lo miraba de hito en hito.